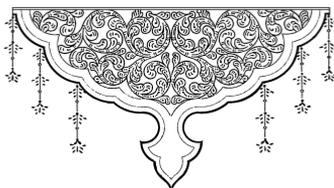


Ibn Arabi

VIAJE al
S EÑOR
del
PODER

Introducción del
Sheikh Muzaffer Ozak Al-Jerrahi



5ª edición: noviembre 2002

Traducido del inglés por Pedro J. Aguado Saiz

Diseño de portada: Pablo Eduardo Fiorenza

© de la presente edición

EDITORIAL SIRIO, S.A.

C/ Panaderos, 9

29005-Málaga

España

Nirvana Libros S.A. de C.V.

Av. Centenario, 607

Col. Lomas de Tarango

01620-Del Alvaro Obregón

México D.F.

Ed. Sirio Argentina

C/ Castillo, 540

1414-Buenos Aires

(Argentina)

www.editorialsirio.com

E-mail: sirio@editorialsirio.com

I.S.B.N.: 84-86221-30-7

Depósito Legal: B-45.978-2002

Impreso en los talleres gráficos de Romanya/Valls
Verdaguer 1, 08786-Capellades (Barcelona)

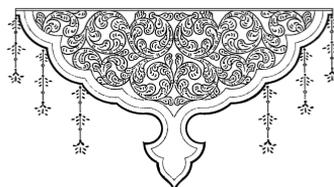
Printed in Spain



Ibn Arabi

VIAJE al
S EÑOR
del
PODER

Introducción del
Sheikh Muzaffer Ozak Al-Jerrahi



editorial **S**irio, s.a.



ALÁ, EL GENEROSO, EL SEÑOR DE LA MUERTE,
EL GUARDIÁN DE TODA EXISTENCIA, EL SIEMPRE PRESENTE.



H

N EL NOMBRE DE DIOS,
EL MÁS GENEROSO,
EL MÁS CLEMENTE



INTRODUCCIÓN

por

Sheikh Muzaffer Ozak al-Jerrahi

Hste tratado, que contiene misterios divinos, es una guía de iluminación para los que buscan la verdad y la claridad. Los que desean acercarse a Dios y pasean por el jardín en busca del capullo de rosa del conocimiento interior deben leer este libro para aprender a «ser». El autor de este libro es Ibn'Arabí, y todo el que saboree sus palabras entrará en diálogo con él.

Su milagrosa influencia espiritual, tanto en Oriente como en Occidente, está perfectamente clara. Le ha enseñado a la humanidad el *tawhid*, la Unidad, y seguirá iluminándola hasta el

día del Juicio Final. Sus enseñanzas del milagro de la Creación y su maravilloso conocimiento, reflejado en libros como *al-Futuh al-Makkiya* («Revelaciones de La Meca»), *Fusus al-hikam* («Joyas de Sabiduría») y otros muchos hasta un número superior a quinientos, dan testimonio de su importancia.

Tenía tantos enemigos como amigos, fanáticos que, como murciélagos, se deslumbraban ante la luz del santo. Algunos hombres se hacen enemigos de lo que no conocen, no pueden conocer y no pueden entender. Incluso los que le llamaban *al-shaykh al-akbar* («el Más Grande Shaykh») se contaban entre los que no lo entendían. Había hasta quienes lo odiaban. El santo no sólo no olvidó a esa gente mezquina, sino que declaró que intercedería por ellos en el Día del Juicio Final, ya que habían tenido la desgracia de no haberlo comprendido. Ciertamente, igual que el joyero conoce el valor del oro, el sabio conoce el valor de la sabiduría y el Hombre Completo olvida la mezquindad del ignorante. Esta compasión del santo es una prueba suficiente de su perfección.

Un día, uno de los contrarios a Ibn'Arabí enfermó. El shaykh fue a visitarlo. Llamó a la puerta y rogó a la mujer del hombre enfermo que le anunciase que venía a rendirle su respeto. La mujer llevó el mensaje y, cuando regresó, dijo al shaykh que su marido no deseaba verlo. Le dijo que no tenía nada que hacer en aquella casa. Su lugar adecuado era el templo. El shaykh dio las gracias a la mujer y le dijo que, como un buen hombre como su marido no lo mandaría a ningún sitio malo, le haría caso. Y así, tras orar por la salud y el bienestar de aquel hombre, el shaykh partió hacia el templo.

Cuando llegó se descalzó, entró con humildad y se dirigió lentamente y en silencio a un rincón, donde se sentó. El oficiante estaba a la mitad de su sermón, que Ibn'Arabí escuchó con suma atención. Durante el sermón el shaykh se dio cuenta de que el oficiante estaba difamando a Jesús, atribuyéndole que pretendía ser el hijo de Dios. El shaykh se levantó y, cortésmente, hizo una objeción a aquella acusación. «Oh, venerable oficiante», comenzó, «Jesús Santo no dijo eso. Por el contrario, predijo la buena noticia de la llegada del Profeta Ahmad (Mahoma, paz y bendiciones sobre él)».

El oficiante negó que Jesús dijera eso. El debate se prolongó. Finalmente, el shaykh, señalando una imagen de Jesús en la pared del templo, dijo al oficiante que se lo preguntase al propio Jesús. Él contestaría y daría una solución de una vez por todas. El oficiante protestó con vehemencia, diciendo que una pintura no puede hablar. La pintura lo hará, insistió el shaykh, porque Dios, que hizo hablar a Jesús cuando era un niño en los brazos de la Santa Virgen, es capaz de hacer que esta pintura hable también. La congregación, que seguía este desagradable debate, se excitó cuando oyó eso. El oficiante se vio obligado a dirigirse a la imagen y le dijo: «¡Oh, Hijo de Dios!, muéstranos el camino de la verdad; dínos cuál de los dos tiene razón». Por voluntad de Dios, la pintura se puso a hablar y contestó: «Yo no soy el Hijo de Dios; soy Su mensajero y detrás de mí vino el último de los Profetas, el Santo Ahmad; os lo predije y os repito ahora esta buena noticia».

Con este milagro toda la congregación aceptó el Islam y, encabezados por Ibn'Arabí, marcharon por las calles hacia la mezquita. Cuando pasaron al lado de la casa del

hombre enfermo pudieron verlo dentro, con los ojos desorbitados de asombro, mirando por la ventana a esta curiosa comitiva. El santo se detuvo y bendijo y dio gracias al hombre que lo había insultado, diciendo que debía ser alabado por la salvación de todas aquellas personas.

No hubo mucha gente que entendiese al santo durante su vida. Un día, en Damasco, subió a una montaña para predicar y dijo: «Gentes de Damasco, el dios que adoráis está bajo mis pies».

Cuando oyeron estas palabras lo encarcelaron y se dispusieron a matarlo. De hecho, según una tradición, lo martirizaron. Según otra tradición, un shaykh de su tiempo, Abul-Hassan, quitó importancia a sus palabras y lo salvó de la muerte con el siguiente diálogo:

«¿Cómo podría la gente apresar a alguien», preguntó a Ibn'Arabí, «a través de quien se une el mundo de los ángeles con el de los mortales?»

«He dicho mis palabras», replicó el shaykh, «en medio de la embriaguez del estado que describes».

Las palabras y los hechos de Ibn'Arabí provocaron en su tiempo reacciones tan violentas que la gente destruyó su tumba y no dejaron el mínimo vestigio de ella.

Una de sus muchas afirmaciones enigmáticas fue «*Idha dakhala al-sin ila al-shin/yazhara qabru Muhyiddin*», lo que significa: «Cuando la S se junte con la SH (las letras *sin* y *shin* del alfabeto árabe) se descubrirá la tumba de Muhyiddin». Cuando Selim II, el noveno sultán otomano, conquistó Damasco en 1516, tuvo conocimiento de esta sentencia por

un estudiante de aquel tiempo llamado Zembilli Ali Efendi, que la interpretó como una profecía de la siguiente manera: «Cuando Selim (cuyo hombre comienza con la letra *sin*) entre en la ciudad de Sham (nombre árabe de Damasco, que empieza por la letra *shin*), descubrirá la tumba de Ibn'Arabí». Tras esto, el sultán Selim averiguó, gracias a los teólogos de la ciudad, cuál era el lugar donde el santo declaró: «El dios que adoráis está bajo mis pies», y cavó allí. Lo primero que descubrió fue un tesoro de monedas de oro, que revelaron lo que el santo quiso decir. Casi al lado descubrió su tumba. Con el tesoro que encontró, el sultán Selim construyó un santuario y una mezquita en el lugar de la tumba. Aún hoy en día se encuentra en pie en Damasco, en un lugar llamado Salihyya, a las faldas del monte Qasiyun.

Muhibbudin al-Tabari atribuye a su madre la siguiente historia:

El Muhyiddin Ibn'Arabí estaba en la Kaaba pronunciando un sermón acerca del significado de la Kaaba. En mi interior, no estaba de acuerdo con su enseñanza. Aquella noche, vi al shaykh en sueños. En el sueño, Fakhruddin al-Razi, uno de los principales teólogos de aquel tiempo, llegó en peregrinación con gran ceremonia y pompa y se puso a dar vueltas alrededor de la Kaaba. Sus ojos se posaron en un pobre hombre, vestido con la capa de peregrino, que estaba sentado allí, tranquilamente. Se dijo a sí mismo: «¡Qué insolencia la de ese hombre, no levantarse ante alguien tan importante como yo!» Un rato después fue a predicar a la gran mezquita de La Meca. Toda la población de la